

NOTAS Y DISCUSIONES

“La fortuna favorece a los audaces”: Maquiavelo y la subversión de un lugar común

“Fortune favors the bold”: Machiavelli and the Subversion of a Commonplace

JÉRÉMIE DUHAMEL

Universidad de Montreal¹

RESUMEN. Este artículo explora una pregunta muy precisa: ¿qué significa la propuesta, expuesta por Maquiavelo en el penúltimo capítulo de *El Príncipe*, según la cual es preferible ser impetuoso que respetuoso? A partir de un análisis riguroso de este capítulo, el autor cuestiona la validez de la interpretación dominante según la cual mediante una acción impetuosa, un individuo virtuoso puede someter a la fortuna. La propuesta de Maquiavelo se debe interpretar más bien como una apuesta hacia las virtualidades creativas de la acción ante una situación de corrupción en la que el fatalismo y el deseo de ser dominado tienden a prevalecer. En este sentido, la primacía dada a la impetuosidad constituye la piedra angular de una moral de carácter provisional requerida en “tiempos adversos”.

Palabras clave: Maquiavelo; impetuosidad; virtud; fortuna; retórica; fatalismo; corrupción; prudencia.

ABSTRACT. This paper explores a very precise question: what does Machiavelli mean when he writes, in the chapter XXV of *The Prince*, that it is preferable to behave impetuously rather than cautiously? Through an in-depth analysis of this chapter, the author questions the validity of the prevailing interpretation, which holds that a virtuous individual can subjugate “fortune” through an impetuous action. Machiavelli’s assertion should be construed as a bet on the creative potentialities of action in a context of corruption in which fatalism and the desire to be dominated tend to prevail. In this sense, the priority given to impetuosity is the cornerstone of a provisional morality required for adverse times.

Key words: Machiavelli; impetuosity; virtue; fortune; rhetoric; fatalism; corruption; prudence.

“[...] non è mai alcuna cosa sì desperata, che non vi sia qualch via de poterne sperare [...]”
(Maquiavelo, *La Mandrágora*)

En este artículo me propongo explorar una pregunta muy precisa: ¿qué significa la propuesta, expuesta por Maquiavelo en el penúltimo capítulo de *El Príncipe*, según la cual es preferible ser impetuoso que respetuoso? Esta afirmación tiene un carácter paradójico que puede ser comprobada a través de una lectura lineal y no tan profunda de este capítulo: después de escribir que “la fortuna es árbitro de la mitad de nuestras acciones, más o menos”², Maquiavelo concluye dicho capítulo afirmando que “es mejor ser impetuoso que respetuoso (*respettivo*), porque la fortuna es mujer, y es necesario, si se la quiere tener sometida, atracarla y golpearla”³.

Desde luego, podríamos buscar atenuar el carácter desconcertante de esta última aserción, recordando que Maquiavelo no hace más que retomar un lugar común, de origen romano⁴, del que se hacen eco muchos de sus contemporáneos⁵: *Audaces fortuna iuvat* (la fortuna favorece a los audaces). Sin embargo, la continuidad aparente entre Maquiavelo y los que han transmitido este *topos* es demasiado frágil para sostener cualquier esfuerzo serio de interpretación en este sentido. Como suele hacerlo a lo largo de su obra, Maquiavelo no puede evitar ser, al mismo tiempo, infiel a la tradición y subversivo cuando retoma algún concepto moldeado por sus antecesores. En efecto, el Secretario florentino agrega un elemento nuevo y sorprendente a los usos tradicionales del lugar común: en *El Príncipe*, ya no enaltece la audacia de un indi-

viduo, sino su impetuosidad, la cual resulta de una mezcla original de elementos considerados tradicionalmente como vicios o característicos de los animales (como el furor o la ferocidad). ¿Qué quiere entonces decir Maquiavelo cuando escribe sin precaución alguna que es conveniente adoptar este modo de actuar? ¿Acaso significa, como lo piensan muchos de sus intérpretes⁶, que al actuar de manera impetuosa es posible someter a la *fortuna* y que, por consiguiente, habría que descartar la hipótesis inicial del propio Maquiavelo según la cual el individuo es dueño sólo de la mitad de su acción?

Esta línea interpretativa me parece errónea. En primer lugar, cabe señalar que la idea, sostenida por Maquiavelo, de que la impetuosidad permite resistir al yugo de la *fortuna* no es un hápax: vuelve a aparecer a lo largo de su obra⁷. Pero podemos decir lo mismo de la idea según la cual la *fortuna* siempre vuelve a aparecer, y que lo hace de manera particularmente brutal cuando nos descuidamos de ella porque creemos haberla sometido. ¿Cómo podemos explicar que estas dos propuestas pueden cohabitar en un mismo capítulo, en un mismo libro y en una misma obra? Esta es la pregunta que me gustaría explorar aquí. Es cierto que diversas estrategias exegéticas podrían permitirnos mitigar por lo menos esta tensión. No obstante, ninguna me parece aceptable. Desde mi punto de vista, en esta tensión radica la especificidad del pensamiento de Maquiavelo. Y, en este sentido, el verdadero desafío consiste en tomar en cuenta esta tensión de manera rigurosa y entender qué nos dice sobre su método, su pensamiento y, tal vez, su herencia.

Mi análisis se va a desarrollar en tres partes. Para empezar, propondré una interpretación de dicha tensión a la luz de un análisis de la argumentación que despliega Maquiavelo en el capítulo XXV de *El Príncipe*. Si llevamos a cabo este análisis de manera satisfactoria, nos permitirá llegar a la conclusión de que la impetuosidad tiene un valor extremadamente importante pero limitado, es decir que su eficacia depende de ciertas circunstancias. En un segundo momento, describiré las circunstancias en las cuales se impondría la impetuosidad, a partir del análisis que Maquiavelo propone de la coyuntura en la que está inmerso. Para concluir, quisiera ver si de mi análisis puede deducirse una regla de acción o una norma de evaluación más general.

1. Tipología de la prudencia maquiaveliana

Para empezar, es necesario detenerse en el capítulo XXV de *El Príncipe*, con el fin de subrayar las características principales de la concepción maquiaveliana de la prudencia⁸. Podríamos dar cuenta del contenido de este capítulo clave de la siguiente manera. Primero, Maquiavelo sostiene que, a diferencia de lo que sugiere la perspectiva providencialista, el individuo tiene un cierto control sobre su acción. El desarrollo del planteamiento que sigue está dedicado, por una parte, al análisis del margen de maniobra que tiene el individuo para que la *fortuna* no gobierne sola y, por otra parte, a la identificación de pautas generales de acción que puede seguir el individuo para poseer un dominio óptimo de su acción. A través del análisis del pro-

blema clásico de la oposición entre *virtù* y *fortuna*, Maquiavelo elabora una tipología de la reglas de prudencia. Esta reflexión está dividida en dos partes: en primer lugar, el autor examina esta relación de manera general; en segundo lugar, Maquiavelo realiza un análisis a través de casos particulares.

En la primera secuencia, la *fortuna* aparece como un río furioso que destruye todo al salir de su cauce natural. Gracias a un mínimo de experiencia, los ribereños saben que el río se puede volver violento en una cierta época del año. A través de esta metáfora, Maquiavelo sugiere que a pesar de que la *fortuna* representa un peligro importante, cuyas causas se sitúan fuera del alcance del control humano, se pueden al menos anticipar sus efectos de manera parcial. Según Maquiavelo, mediante un buen uso de la historia, podemos identificar los esquemas recurrentes de la adversidad y resistir en parte a lo que dentro de lo imprevisible es, a final de cuentas, inevitable⁹. Por ejemplo, al “colo[car] diques y espigones”¹⁰, se puede obstaculizar o canalizar el desbordamiento del río y contener los efectos más nefastos de la inundación. Más allá de la metáfora del río, lo que está en juego son los “principales fundamentos”, en particular “las buenas leyes y las buenas armas”¹¹, que posibilitan al cuerpo político ordenar los elementos concretos que le permiten protegerse contra amenazas internas y externas. Para optimizar su independencia con respecto a la *fortuna*, la primera regla de la prudencia plantea así que la *virtù* que conviene es la “virtud dispuesta (*virtù ordinata*)”¹², es decir la *virtù* de las instituciones políticas y militares.

Pero, inmediatamente después, Maquiavelo advierte que esta estrategia no permite resistir con mucha eficacia a la variación de la *fortuna*. Los casos particulares a partir de los cuales aborda ahora la relación entre *virtù* y *fortuna* nos demuestran que las circunstancias siempre cambian y que pueden desestabilizar cualquier modo de actuar. Por ejemplo, un príncipe actualmente muy exitoso puede de pronto ver reducido su poder a escombros, sin que haya cambiado para nada su manera de actuar. Esto se explica, escribe Maquiavelo, por el hecho de que el encuentro con “las características de los tiempos (*la qualità de’ tempi*)” determina en última instancia el éxito o el fracaso de una acción¹³. Aquí encontramos la metáfora de la *fortuna* como rueda: esta figura clásica revela que, para no dejarse gobernar por la *fortuna*, el individuo tiene que esforzarse para variar su acción a la par de ella y confiar en que su acción es la adecuada. Por supuesto, como la *fortuna* cambia de cara y de expectativas de manera interrumpida, no se impone siempre el mismo modo de actuar: ciertas circunstancias exigen más paciencia, así como otras exigen más temeridad. La segunda regla de prudencia prescribe entonces la adaptación a las circunstancias, de tal forma que se pueda encontrar y aprovechar la ocasión que conllevan¹⁴. Podríamos decir que de la *virtù ordinata* pasamos a la *virtù oportuna*.

Pero Maquiavelo señala enseguida la inmensa dificultad de cumplir con esta exigencia. Dada la inflexibilidad natural de los seres humanos, se revela sumamente difícil cambiar de actitud con la misma rapidez con que cambia la *fortuna*.

La inclinación natural de cada individuo es tan rígida que la *fortuna* tiende a estar siempre un paso adelante del que la persigue. Si el precavido, que suele tener éxito, fracasa cuando aparecen nuevas circunstancias que exigen más impetuosidad, de la misma manera, el impetuoso, que también suele ser exitoso, fracasa cuando aparecen circunstancias que exigen más precaución.

La figura emblemática que moviliza Maquiavelo para ilustrar estos dos aspectos de la *virtù oportuna* es la del papa Julio II. Ante el tirano Giovanni Bentivoglio, el papa no dudó en tomar la iniciativa de la acción. El primero se quedó tan sorprendido que se volvió mudo e impotente ante la intervención de Julio. Este episodio inspiró a Maquiavelo un comentario diti-rámbico: “[...] Julio condujo con su movilización impetuosa lo que ningún otro pontífice con toda la humana prudencia habría conducido”¹⁵. El ejemplo muestra como un individuo puede estar a la altura de las circunstancias al sorprender a sus adversarios, pero también revela los límites constitutivos de tal conducta. Maquiavelo sugiere, en efecto, que el éxito sin precedentes de Julio se debe más a la brevedad de su vida que a su capacidad de adaptación. Predispuesta por naturaleza a la impetuosidad, la acción de Julio habría terminado por naufragar en “tiempos en que hubiese sido necesario proceder con precaución (*respetti*)”¹⁶. De este ejemplo (como los de Soderini y de Fabio presentados en el capítulo III, 9 de los *Discursos sobre Tito Livio*), se destaca la idea fundamental según la cual dada la variación continua de las circunstancias, cualquier modo de actuar está condenado, tarde o

temprano, al fracaso. En suma, la prudencia maquiaveliana se caracteriza por una aporía fundamental¹⁷. Si bien es cierto que conviene, siguiendo esta lógica, esforzarse en optimizar el control sobre su destino, de la misma manera es preciso reconocer los límites constitutivos de esta aspiración so pena de condenarse a la “ruina”.

A mi juicio, debemos interpretar el párrafo final del capítulo XXV de *El Príncipe*, en el cual Maquiavelo expresa su “preferencia” por la impetuosidad, a la luz de este ejemplo. Como cualquier otro, este modo de actuar no puede pretender someter de manera definitiva a la *fortuna*. En ciertas circunstancias, sólo la impetuosidad puede limitarla y asegurar que el sujeto tenga un mínimo de control sobre sus acciones. Sin duda, Maquiavelo considera que el éxito del *principe nuovo* (al que confía en el último capítulo la misión de liberar Italia de las potencias extranjeras) depende de su capacidad para actuar de este modo. Con el fin de entender con más claridad las virtualidades específicas de la impetuosidad, conviene entonces preguntarse ahora sobre el tipo de circunstancias en las que se impone.

2. La malignidad de los tiempos presentes

En los términos de *El Príncipe*, de lo que se trata es de determinar la naturaleza exacta de la tarea que tiene que llevar a cabo el *principe nuovo*. Desde luego, dado que el acto mismo de innovación se hace en circunstancias singulares, no se puede seguir una regla de acción predefinida. No obstante, para orientarse, el individuo puede inspirarse, al menos hasta cierto

punto, en ciertos modelos ejemplares transmitidos por la historia¹⁸. ¿En qué medida estos modelos pueden ayudar al destinatario de *El Príncipe* a superar el desafío planteado por Maquiavelo? Según una perspectiva interpretativa dominante, defendida entre otros por Louis Althusser¹⁹, su tarea es similar a la que cumplieron los fundadores clásicos citados en los capítulos VI y XXVI. Como Moisés, Rómulo, Ciro y Teseo, el *principe nuovo* tendría que contemporizar con un pueblo disperso, afeminado y esclavo que espera, por así decirlo, la *virtù* del fundador heroico para escapar a la situación de vulnerabilidad extrema en la que se encuentra. De la misma manera que los fundadores ejemplares de la Antigüedad, el *principe nuovo* tendría como meta dar “forma” a una “materia” vacía e inerte.

Sin embargo, esta interpretación “continuista” no permite dar cuenta de un elemento textual que no ha sido suficientemente apreciado en la literatura. Maquiavelo escribe en el último capítulo de *El Príncipe* que para conocer la *virtù* del espíritu italiano fue necesario que Italia se viera reducida a los términos en los que se encontraba en ese momento, es decir: “[...] más esclava que los hebreos, más sierva que los persas, más dispersa que los atenienses, sin jefe, sin orden, abatida, expoliada, lacerada, asolada, y que hubiese soportado toda clase de ruina”²⁰. Al usar el adjetivo comparativo “más”, Maquiavelo marca un cambio que revela, a mi juicio, una diferencia importante con respecto al tipo de circunstancias a las cuales el *principe nuovo* tiene que enfrentarse. Según Maquiavelo la Italia de ese comienzo de siglo no presenta las mismas

características que aquellas en las cuales los fundadores clásicos pudieron expresar su *virtù*. Esto no permite inferir que la “materia” a la cual el *principe nuovo* tiene que dar “forma” no es precisamente amorfa, sino que en realidad está carcomida por elementos de corrupción que amenazan con hacer desaparecer el anhelo de libertad.

Para poder llegar a una comprensión precisa de estas circunstancias, es útil analizar la cuestión a la luz de otros textos en los cuales Maquiavelo elabora un diagnóstico sobre su propia coyuntura. De manera recurrente, el Secretario presenta el periodo que empieza con la conquista francesa de 1494 en los términos de una *mutazione di tutte le cose*. Como muchos de sus contemporáneos, atribuye a este evento una causalidad decisiva en el ciclo de ruina política y militar de la que fue presa toda Italia en los años ulteriores²¹. Si bien existe un cierto consenso respecto a la “malignidad” de los tiempos, Maquiavelo se distingue al identificar las causas de dicho fenómeno. A sus ojos, el problema principal no es tanto la variación desconcertante de la *fortuna* como tal, sino la incapacidad de los italianos de sustraerse al yugo del fatalismo²². Los capítulos XXIV y XXVI de *El Príncipe* están en sintonía con esa idea. Maquiavelo aborda el tema de la derrota militar de los príncipes italianos e insiste en que tuvieron la culpa no sólo de haber cometido errores tácticos, sino también de haber caído en la *ignavia*²³ y en la *debolezza*²⁴. Sin lugar a dudas, esta “indolencia” o “debilidad” genera un sentimiento de impotencia ante los “tiempos adversos” y alimenta la tentación de conformarse en su condición

de vulnerabilidad²⁵. Para Maquiavelo, el problema de la “malignidad de los tiempos” tiene, en definitiva, dos aspectos complementarios: la crisis política y militar, pero también la incapacidad de reaccionar de manera adecuada ante la adversidad y la derrota. ¿Cuáles son las causas de esta “indolencia” a la que Maquiavelo atribuye tanta importancia en el análisis de su coyuntura? Para intentar dar una respuesta satisfactoria a esta cuestión, parece útil referirnos a otros textos del florentino, antes de volver nuevamente a *El Príncipe*.

En su obra, la idea según la cual el mal que aflige a sus contemporáneos está acompañado de la pérdida de interés por la *virtù* antigua es un verdadero leitmotiv²⁶. Maquiavelo enfatiza la responsabilidad de la educación cristiana en este fenómeno. En el capítulo II, 2 de los *Discursos sobre Tito Livio*, el autor señala que, a los valores de la gloria mundana, de la lucha por el honor y de la fuerza física de los individuos, el cristianismo opuso el carácter edificante de la humildad, de la mortificación y del desprecio por las cosas humanas. Al incitar a los creyentes a soportar las ofensas y los ultrajes, el cristianismo quitó a los individuos el afán por la acción y, de esta forma, restó factores importantes de potencia al cuerpo político. Como Maquiavelo lo afirma de manera recurrente, el modo de vida moldeado por el cristianismo hizo que el mundo se volviera más débil, más ocioso y más vulnerable a la voluntad de poder de los malvados.

Con todo, el cristianismo sólo explica una parte de la indolencia de los italianos. En el *Proemio* del segundo libro de los

Discursos sobre Tito Livio, Maquiavelo desarrolla una explicación complementaria: sus contemporáneos están convencidos de que se sitúan fuera de la historia y que, en ese sentido, hay una especie de ruptura ontológica entre el presente y el pasado. Este fenómeno se acompaña del desprecio por el presente y de una idealización del pasado. De ello se desprende la idea de que en ningún momento la historia les puede servir a los individuos para orientarse ante la adversidad y para imaginar que algo diferente puede sucederles. Esta situación está descrita con claridad en el primer capítulo del *Asno de oro*: el pesimismo está tan difundido en la sociedad, señala el autor, que parece que la época obliga a todos a percibir más el mal que el bien en lo que les sucede²⁷. Una frase muy famosa del capítulo III,1 de los *Discursos sobre Tito Livio* nos permite ver la complementariedad entre esta percepción negativa del presente y la educación cristiana: Maquiavelo sostiene que la renovación del cristianismo se hizo gracias a una lógica de obediencia basada en la convicción según la cual “es malo decir algo malo del mal (*è male dir male del male*)”. Así, entendemos que bajo la impulsión de un deseo que se complace en el desdén del presente, la época se caracteriza por el hábito de maldecir acerca de todo, salvo precisamente de aquello que es verdaderamente malo, lo cual sugiere que, a ojos de Maquiavelo, el cristianismo contribuyó subrepticamente a hacer que el mal, aún considerado inaceptable, fuera al menos soportable.

Estos son los síntomas principales de lo que Maquiavelo presenta como la indolencia insalvable de sus contemporáneos. Estos fenómenos tienen, a su vez,

efectos concretos en el terreno político²⁸ y estos son los que quisiera ahora poner de relieve. A lo largo de la obra de Maquiavelo se establece con claridad una correlación entre la indolencia y la pérdida del gusto por la libertad. En momentos claves de sus escritos políticos, Maquiavelo sugiere que la combinación de estos dos estados de ánimo puede desembocar en la tentación de buscar y desear la dominación. Esta eventualidad aparece de manera metafórica en el *Arte de la guerra*²⁹, así como en otros textos, y toma una forma más precisa en los *Discursos sobre Tito Livio*. Al comparar el *modus operandi* de Aníbal y de Escipión en el capítulo III, 21, Maquiavelo explica que el que intenta invadir otro país puede contar con el apoyo de los habitantes del país invadido, a condición de que estos estén suficientemente afligidos por la atmósfera menoscaba por el mal o que adolezcan de un hartazgo con respecto al bien que les rodea. Estos dos estados de ánimo tienen el mismo efecto: en el capítulo I, 37, Maquiavelo sostiene que pueden abrir las puertas al conquistador y favorecer el enraizamiento de su poder en sus nuevas tierras. Asimismo, esta idea aparece, aún de manera más elocuente, en *El Príncipe*. Al hablar, en el tercer capítulo, del riesgo que representa para un príncipe un vecino que crece en potencia, Maquiavelo señala que su entrada al territorio conquistado puede estar favorecida por todos los que, por ambición o por miedo, están “descontentos”³⁰. Pero añade que esto representa una ínfima parte de lo que puede motivar a los pobladores a actuar en contubernio con el invasor. Maquiavelo escribe, en efecto, que “cuando un forastero poderoso entra

en una provincia, enseguida todos los que están allí y son menos poderosos se le suman, movidos por la envidia que le tienen al poderoso que tienen por encima”³¹. Al evocar la posibilidad de una sumisión voluntaria de los sujetos al invasor extranjero (que resulta de la envidia del más débil con respecto al más potente), Maquiavelo parece haber tenido la intuición de un fenómeno complejo que La Boétie describirá con claridad algunas décadas más tarde. Lo esencial es que este análisis, que tiene paralelismos sorprendentes con otros textos, esclarece el problema que este artículo busca elucidar. En efecto, es posible sostener que el problema subyacente a *El Príncipe* es el peligro de la servidumbre voluntaria que corren los contemporáneos de Maquiavelo.

Lo que revela, en suma, el diagnóstico que propone Maquiavelo de su propia coyuntura es que el *principe nuovo* tiene como desafío suministrar una “forma” a una “materia” que no está caracterizada por su pureza, su vacuidad o su indeterminación, como piensa por ejemplo Althusser, sino por una serie de elementos de corrupción que amenazan con atizar y generalizar el deseo de ser dominado. Si Maquiavelo sugiere entonces que hay una diferencia entre los grandes fundadores de la Antigüedad y el *principe nuovo* que necesita Italia para liberarse de las potencias extranjeras, es porque este último tiene la misión de aportar una innovación en un contexto donde la “materia” a ordenar sufre una corrupción avanzada y profunda. Ahora bien, lo que queda aún por analizar es cómo la *virtù* de la impetuosidad es susceptible de contribuir a la superación de un reto sumamente peligroso

que consiste, según Maquiavelo, en salvar a los individuos de ellos mismos, o por lo menos de un estado que los incita a seguir siendo esclavos³².

3. Las virtualidades de la impetuosidad

La primacía dada a la impetuosidad anticipa la perspectiva voluntarista del capítulo final de *El Príncipe*. La adopción de tal modo de actuar constituye, tal como lo he venido sugiriendo a lo largo de este artículo, una aplicación de la segunda regla de prudencia que prescribe la adaptación a las circunstancias: la impetuosidad representa para Maquiavelo el ingrediente principal de la terapia que se debe aplicar a una Italia corrupta y abatida. Ahora bien, ¿cómo se explica el hecho de que la impetuosidad pueda contribuir a la transformación de una situación de aflicción y de derrotismo aparentemente implacable?

Para entender mejor las expectativas de Maquiavelo con respecto a la impetuosidad, es preciso recordar su convicción más general acerca de los poderes específicos de la acción ofensiva en momentos de crisis. En efecto, encontramos numerosos fragmentos en su obra en los que aparece la idea según la cual tomar la iniciativa de la acción puede tener efectos imprevistos. Maquiavelo sugiere —en los *Discursos sobre Tito Livio*³³, en las *Historias florentinas*³⁴, así como en una carta destinada a Vettori³⁵— que en los momentos en que sentimos estar condenados a la desesperanza y en los cuales nos parece que no tenemos nada que perder, intentar algo inusitado puede abrir nuevos horizontes para la deliberación y nuevas posibilidades de acción. Esta reflexión

arroja una luz indispensable sobre la oposición entre impetuosidad y precaución planteada en el capítulo XXV de *El Príncipe*. Como han señalado diferentes intérpretes de Maquiavelo, como Felix Gilbert, la “precaución” hace referencia a una actitud muy difundida entre los gobernantes de la república florentina³⁶. Y Maquiavelo no pierde una sola ocasión para denunciarla. A diferencia de los “sabios de [su] tiempo” que estaban convencidos de que al actuar de manera cauta se podía “gozar el beneficio del tiempo”³⁷, Maquiavelo estima que la pasividad, la temporización y la precaución son sinónimos de inacción, de irresolución y de cobardía³⁸, porque no hacen más que fortalecer la aflicción ya presente.

En el capítulo XXV de *El Príncipe*, Julio II aparece como un actor discrepante con respecto a estos sabios circunspectos. A la luz de otros fragmentos de su obra en los cuales el caso del Papa es discutido³⁹, entendemos que su naturaleza feroz e impetuosa neutralizó todos los obstáculos que podían frenar la acción –como el miedo, el escrúpulo moral o la irresolución. Según Maquiavelo, ello explica los éxitos sorprendentes del Papa ante adversarios aparentemente más potentes y en contextos a priori desfavorables. También es lo que justifica el carácter ejemplar que le atribuye al Papa en estas páginas: en tiempos aciagos, en los cuales encontramos numerosos e irresistibles factores culturales, morales y psicológicos de indolencia, el Papa aparece como una luz inesperada. Si la combinación de impetuosidad y de ferocidad⁴⁰ tiene un gran valor, ello se debe a que conlleva la posibilidad de contrarrestar los malos hábitos desarrollados bajo el influjo de la aflicción. Para Maquiavelo, la impetuosidad puede

revelar el carácter limitado, contingente y reversible del dominio de la *fortuna*. En otras palabras, la impetuosidad puede llevar a los individuos a pensar que es posible tener otra relación con respecto al mal que padecen y, por lo tanto, que se puede esperar algún cambio. A diferencia de la precaución, la acción impetuosa puede abrir nuevas posibilidades, tanto mentales como prácticas. Por ello, Maquiavelo sostiene que aunque las posibilidades de ver aparecer la *virtù* sean pocas, es mejor buscarlas que conformarse con el mal.

A lo largo de la obra de Maquiavelo encontramos entonces lineamientos de una moralidad para los “tiempos adversos”. Esta moralidad, de carácter provisional, aparece como alternativa a una situación de impotencia nutrida por la ausencia de esperanza. Según Maquiavelo, existen dos opciones ante este tipo de situación: abandonarnos a la *fortuna* o esperar un cambio de *fortuna* mediante la acción. Encontramos huellas generales de esta dualidad en el capítulo XXV de *El Príncipe*, pero es en los *Discursos sobre Tito Livio* donde Maquiavelo expresa esta tesis con mayor claridad. Allí nos dice que si bien es cierto que los hombres sólo pueden “secundar a la fortuna y no contrarrestarla”, “[n]o deben abandonarse a ella, porque, ignorando sus designios y caminando la fortuna por desconocidas y extraviadas sendas, siempre hay motivos de esperanza que sostendrán el ánimo en cualquier adversidad y en las mayores contradicciones de la suerte”⁴¹. A través de esta dualidad, Maquiavelo sugiere que, dado el carácter limitado de su poder, los individuos tienen que rivalizar con la *fortuna*, oponiéndole la inspiración vigorosa y creativa de la esperanza y de la audacia.

Ahora bien, cabe señalar que lo opuesto al abandono a la *fortuna* no es el pleno control de la naturaleza, sino la esperanza de que un cambio de *fortuna* pueda ocurrir mediante la acción. La historia revela que, aún en las circunstancias más difíciles, nunca es vano esperar un cambio. Sin embargo, el no darse cuenta que la historia está atravesada por ciclos y que a la buena fortuna le sigue la mala fortuna, y viceversa⁴², es un efecto de la aflicción. Para salir de este círculo vicioso, de nada sirve rezar nos dice Maquiavelo; es más fructífero intentar forzar las cosas y tomar la iniciativa de la acción sin precaución alguna.

Este breve análisis nos permite entender el énfasis que pone Maquiavelo en la esperanza en el último capítulo de *El Príncipe*. “*Sperando non si abbandonare*”, esta es la exhortación que dirige Maquiavelo a sus contemporáneos. La primacía dada a la impetuosidad es el eje principal de una estrategia retórica desarrollada para convencer a sus lectores de que es posible aspirar a la libertad aun cuando las circunstancias no parecen favorables⁴³. Suponiendo que la impetuosidad permite al *principe nuovo* acomodarse con *la qualità de’ tempi*, nada asegura que podrá contar con el amparo de la buena fortuna por mucho tiempo. La impetuosidad, como cualquier otro modo de actuar, no puede pretender dominar la *fortuna* de manera definitiva y, por lo tanto, no puede superar la aporía fundamental de la prudencia humana. Más bien, dado que los tiempos cambian de manera continua, la impetuosidad no puede ser otra cosa que una respuesta puntual a la mala fortuna —o sea a la fortuna impetuosa y furiosa⁴⁴. En este sentido, resulta esclarecedor interpretar la prioridad dada a la impetuosidad como

una apuesta hacia las virtualidades creativas de la acción ante los “tiempos adversos”.

4. Conclusión

Esta interpretación nos permite comprender qué conduce a Maquiavelo a hacer un uso subversivo del lugar común según el cual la *fortuna* ayuda a los audaces. Nos permite también dar una explicación menos unilateral del tono voluntarista y categórico que adopta Maquiavelo al dirigirse a su destinatario en el último capítulo de *El Príncipe*. Recordemos que, en el capítulo XXIV, Maquiavelo atribuye la ruina de Italia a la incapacidad de los príncipes de reaccionar de manera eficaz ante la adversidad: insolentes en la buena fortuna, olvidaron prepararse para la mala. De este análisis se destaca una doble meta con la que tiene que cumplir el príncipe prudente: prolongar lo más posible la buena *fortuna* y acortar la duración de la adversa.

En el primer caso, el principal desafío consiste en no sobreestimar su *virtù*; en el segundo, en no subestimarla. Maquiavelo sugiere que cuando nos favorece la *fortuna* es indispensable actuar como si un cambio de *fortuna* fuera inminente. Por el contrario, cuando enfrentamos tiempos de adversidad, es imperativo actuar como si la *fortuna* no fuera tan poderosa. Dicho de otro modo, para poder actuar en tiempos desfavorables, el individuo necesita pensar que puede rivalizar con la *fortuna*: el que la respeta demasiado y espera el momento perfecto para actuar, o bien no hará nada o bien actuará demasiado tarde⁴⁵. Esto explica, a mi juicio, el tono voluntarista y estruendoso de la prosa de Maquiavelo en la última secuencia de *El Príncipe*.

BIBLIOGRAFÍA

- Cox V., “Rhetoric and ethics in Machiavelli”, in Najemy J. M. (ed.), *The Cambridge Companion to Machiavelli*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 173-189.
- Duhamel, J., “Machiavel et la vertu intellectuelle de prudence: étude du chapitre XXV du Prince”, *Revue canadienne de science politique/Canadian Journal of Political Science*, 46, 2013/4, pp. 821-840.
- Fournel J.-L., “Retorica della guerra, retorica dell’emergenza nella Firenze repubblicana”, *Giornale critico della filosofia italiana*, 7, 2006/2. pp. 389-411.
- Gilbert, F., *Machiavelli and Guicciardini: Politics and History in Sixteenth-Century Florence*, Princeton, Princeton University Press, 1965.
- Hörnqvist M., *Machiavelli and Empire*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004.
- Kahn V., *Machiavellian Rhetoric: From the Counter-Reformation to Milton*, Princeton, Princeton University Press, 1994.
- Lazzeri, Ch., “Prudence, éthique et politique de Thomas d’Aquin à Machiavel”, in Tosel A. (ed.), *De la prudence des anciens comparée à celle des modernes*, Annales de l’Université de Besançon, Besançon, 1995, pp. 79-128.
- Maquiavelo, *El Príncipe*, trad. Ivana Costa, Buenos Aires, Colihue, 2012.
- Maquiavelo, *Las obras más importantes*, trad. M. M. Saralegui Benito, ed. Gredos, Madrid, 2011.
- Mansfield, H. C., Jr., *Machiavelli’s Virtue*, Chicago, University of Chicago Press, 1996.
- Santoro, M. *Fortuna, ragione e prudenza nella civiltà letteraria del Cinquecento*, Liguori, Nápoles, 1966.
- Strauss, L., *Thoughts on Machiavelli*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1958.
- Vatter, M. E., *Between Form and Event: Machiavelli’s Theory of Political Freedom*, Dordrecht, Boston y Londres, Kluwer, 2000.
- Viroli, M., *Redeeming “The Prince”*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2013.

NOTAS

¹ El autor quisiera agradecer, por sus valiosos comentarios y sugerencias, a Gabriel Entin, Frida Osorio Gonsen, Beatriz Porcel, Jorge Velazquez Delgado, Luciano Venezia y Diego Vernazza.

² *El Príncipe*, XXV, trad. Ivana Costa, Buenos Aires, Colihue, 2012, p. 132.

³ *Ibid.*, XXV, p. 135.

⁴ Encontramos este lugar común en la *Eneida* (X, 284) de Virgilio y en el *Phormio* (203) de Terencio.

⁵ Cf. F., *Ricordi politici e civili*, CXXXVI.

⁶ Cf. Strauss, L., *Thoughts on Machiavelli*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1958, p. 216 ; Mansfield, H. C., Jr., *Machiavelli’s Virtue*, Chicago, University of Chicago Press, 1996, pp. 39-51 y 109-122 ; Vatter, M. E., *Between Form and Event: Machiavelli’s Theory of Political Freedom*, Dordrecht, Boston y Londres, Kluwer, 2000.

⁷ Por ejemplo, véase: *Capítulo sobre la fortuna; Historias Florentinas*, III, 14.

⁸ Para un análisis más detallado, véase: Duhamel, J., “Machiavel et la vertu intellectuelle

de prudencia: étude du chapitre XXV du *Prince*”, *Revue canadienne de science politique/Canadian Journal of Political Science*, vol. 46, 2013/4, pp. 821-840.

⁹ Por ejemplo, véase: *El Príncipe*, XIV, *op. cit.*, p. 78-79; *Discursos sobre Tito Livio*, III, 6, trad. M. M. Saralegui Benito, ed. Gredos, Madrid, 2011, p. 533.

¹⁰ *El Príncipe*, XXV, *op. cit.*, p. 132.

¹¹ *Ibid.*, XII, p. 62.

¹² *Ibid.*, XXV, p. 132.

¹³ *Ibid.*, p. 133.

¹⁴ Sobre este tema, véase también los *Ghiribizzi*, una carta de Maquiavelo del 1506 destinada a Giovanni Battista Soderini.

¹⁵ *El Príncipe*, XXV, *op. cit.*, p. 134.

¹⁶ *Ibid.*, XXV, p. 135 (traducción modificada).

¹⁷ Para un análisis complementario, véase : Lazzeri, Ch., “Prudence, éthique et politique de Thomas d’Aquin à Machiavel”, in Tosel A. (ed.), *De la prudence des anciens comparée à celle des modernes*, Annales de l’Université de Besançon, Besançon, 1995, pp. 79-128.

¹⁸ “No se asombre nadie si al hablar yo de principados completamente nuevos y del príncipe y del estado, aporoto ejemplos notabilísimos; porque los hombres, al caminar casi siempre por los caminos transitados por otros, y al proceder en sus acciones imitándolos, no pueden poseer y sumar completamente los caminos ajenos ni las virtudes de aquellos a quienes imitan. El hombre prudente debe ingresar por caminos transitados por grandes hombres, y por aquellos que han sido excelentísimos de imitar; de manera que si la virtud de esos grandes hombres no le llega, que le llegue al menos cierto olor de ella [...]” (*El Príncipe*, VI, *op. cit.*, p. 26).

¹⁹ Althusser, L., *Machiavel et nous*, Talandier, Paris, 2009, pp. 106-108.

²⁰ *El Príncipe*, XXVI, *op. cit.*, p. 136.

²¹ Cf. Santoro, M. *Fortuna, ragione e prudenza nella civiltà letteraria del Cinquecento*, Liguori, Nápoles, 1966, pp. 11ss.

²² La tentación del fatalismo es tan fuerte que Machiavelo mismo declara que “algunas veces y en algunos aspectos” ha estado inclinado a tener la opinión de que “las cosas del

mundo están gobernadas de tal modo por la fortuna y por Dios que los hombres con su prudencia no pueden corregirlas” (*El Príncipe*, XXV, *op. cit.* p. 131).

²³ *Ibid.*, XXIV, p. 129.

²⁴ *Ibid.*, XXVI, p. 139.

²⁵ “Por lo tanto, estos príncipes nuestros que estuvieron muchos años en su principado que no acusen a la fortuna por haberlo perdido después, sino a su propia indolencia: porque al no haber pensado nunca durante los tiempos de paz que estos pueden cambiar (un defecto común de los hombres: en la bonanza no tener en cuenta la tempestad), cuando luego vinieron tiempos adversos pensaron en cómo huir y no en cómo defenderse.” (*Ibid.*, XXIV, pp. 129-130). Sobre el mismo tema, véase: los *Discursos sobre Tito Livio*, III, 31.

²⁶ Por ejemplo, véase: *Historias Florentinas*, I, 39.

²⁷ “*Ma questo tempo dispettoso e tristo fa, senza ch’alcuno abbia gli occhi d’Argo, più tosto il mal che ’l bene ha sempre visto; onde s’alquanto or di veleno spargo, bench’io mi sia divezzo di dir male, mi sforza il tempo di materia largo.*” (*El asno de oro*).

²⁸ En el *Capítulo sobre la ambición*, Maquiavelo ofrece una visión sinóptica de la situación desastrosa de Italia: “*Questa l’Italia già fece fiorire, / E di occupare il mondo tutto quanto / La fiera educazion le dette ardire. / Or vive, se vita è vivere in pianto, / Sotto quella ruina e quella sorte / Ch’ha meritato l’ozio suo cotanto. / Viltate è quello, con l’altre consorte; / D’Ambizione son quelle ferite / Ch’hanno d’Italia le provincie morte. / [...] Rivolga gli occhi in qua chi veder vuole / L’altrui fatiche, e riguardi se ancora / Cotanta crudeltà mai vidde il sole. / Chi ’l padre morto e chi ’l marito plora; / Quell’altro mesto del suo proprio tetto, / Battuto e nudo, trar si vede fora. / [...] Quello abbandona il suo paterno solo / Accusando gli Dei crudeli e ingrati, / Con la brigata sua piena di dolo.*”

²⁹ *El Arte de la Guerra*, II, 13, ed. Gredos, Madrid, 2011, p. 150.

³⁰ *El Príncipe*, III, *op. cit.*, p. 12.

³¹ *Idem*.

³² En los *Discursos sobre Tito Livio*, Maquiavelo escribe que es muy “difícil y peligroso [...] querer dar libertad al pueblo que desea vivir en servidumbre” (III, 8, *op. cit.*, p. 541). La misma idea aparece en las *Historias Florentinas* (III, 27).

³³ Como lo sugiere el título del capítulo III, 44 de los *Discursos sobre Tito Livio*: “Con el ímpetu y la audacia se consigue muchas veces lo que con los procedimientos ordinarios no se obtendría jamás.” (*op. cit.*, p. 625)

³⁴ “[...] operando, si scuoprano quelli consigli che, standosi, sempre si nasconderebbono” (*Historias Florentinas*, VI, 13).

³⁵ “[...] qui non bisogna più claudicare, ma farla all'impazzata; e spesso la disperazione truova de' rimedi che la electione non ha saputo trovare” (Carta del 16 de abril de 1527).

³⁶ Gilbert, F., *Machiavelli and Guicciardini: Politics and History in Sixteenth-Century Florence*, Princeton, Princeton University Press, 1965, p. 32.

³⁷ *El Príncipe*, III, *op. cit.*, p. 14.

³⁸ Maquiavelo añade que, al actuar de esta forma, el príncipe será odiado por el pueblo y no podrá, por consiguiente, contar con su apoyo: “Despreciable lo vuelve el ser considerado voluble, superficial, afeminado, pusilánime, irresoluto; de esas cualidades un príncipe debe cuidarse como de un escollo, y debe ingeniárselas para que en sus acciones se reconozca grandeza, coraje, gravedad, fortaleza [...]” (*Ibid.*, XIX, p. 96)

³⁹ Por ejemplo, véase: *Segunda Decenal; Discursos sobre Tito Livio*, I, 27 y III, 9.

⁴⁰ La proximidad de la ferocidad y de la *virtù* aparece también en el rostro que Maquiavelo pinta de Cesar Borgia: “[...] había en el duque tanta ferocidad y tanta virtud (*tanta ferocità e tanta virtù*) [...]” (*El Príncipe*, VII, *op. cit.*, p. 40 ; trad. modificada)

⁴¹ *Discursos sobre Tito Livio*, II, 29, *op. cit.*, p. 497.

⁴² Sobre este tema, véase: el *Asno de oro*, V; *Discursos sobre Tito Livio*, II, *proemio; Historias florentinas*, V, 1.

⁴³ Sobre la importancia de la retórica en Maquiavelo, véase: Viroli, M., *Redeeming “The Prince”*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2013, chap. III; Cox V., “Rhetoric and ethics in Machiavelli”, in Najemy J. M. (ed.), *The Cambridge Companion to Machiavelli*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, p. 173-189; Fournel J.-L., “Retórica della guerra, retórica dell’emergenza nella Firenze repubblicana”, *Giornale critico della filosofia italiana*, vol. 2, n°7, 2006, p. 389-411; Hörnqvist M., *Machiavelli and Empire*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, p. 1-37; Kahn V., *Machiavellian Rhetoric : From the Counter-Reformation to Milton*, Princeton, Princeton University Press, 1994.

⁴⁴ Por ejemplo, véase: *Capítulo sobre la fortuna; Segunda Decenal*.

⁴⁵ Como lo escribe Maquiavelo: “[...] i partiti pericolosi quanto più si considerano tanto peggio volentieri si pigliano [...]” (*Historias florentinas, op. cit.*, II, 32).

